

Posibilidades y límites en la construcción de la igualdad de género en la economía solidaria

Miriam Nobre y Taís Viudes de Freitas¹

Introducción

Es difícil fijar una fecha inicial para el proceso de debate sobre *mujeres y economía solidaria* en América Latina. La “Alianza por un mundo responsable, plural y solidario”, que reúne a miles de personas y organizaciones de todo el mundo, organizó un taller regional en la Habana, Cuba, en el año 2001. En el 2003, se publicó el Diccionario “Uma Outra Economia” que cuenta con la entrada “Mulheres e Economia Solidária” (Nobre, 2003). Dos años más tarde, el libro “As Mulheres e Economia Solidária” de Isabelle Guérin (2005) fue publicado en portugués por Ediciones Loyola.

Antes de eso, organizaciones no gubernamentales y redes como la REPEM (Red de Educación Popular entre Mujeres) registraban experiencias de grupos de mujeres y generación de renta o de mujeres emprendedoras. Incluso sin estar directamente relacionadas con los presupuestos políticos de lo que se vino convirtiendo en movimiento y en el campo teórico de la economía solidaria, esas iniciativas también contribuyeron con reflexiones sobre las llamadas “cuestiones de las mujeres”.

En ese período, se diseñó un amplio consenso entre participantes en las experiencias, colaboradoras e investigadoras. Un gran número de experiencias de economía solidaria es animado por mujeres o destinado a ellas. Las mujeres evalúan su participación no solo desde el punto de vista de la remuneración económica, sino que ellas valoran el aprendizaje, la convivencia y la posibilidad de tratar temas como la violencia doméstica o la salud reproductiva. Se reconoce que las mujeres participantes se sienten más fuertes, valoradas, con mayor autoestima, por su conocimiento y su capacidad de innovación a partir de poco. Se incrementa su participación ciudadana y ellas afirman su derecho a tener derechos. No solo la economía solidaria crea una justicia de proximidad, donde el acceso a los derechos se concreta en lo cotidiano de sus comunidades, sino que las mujeres irrumpen en espacios nacionales, por medio de la reivindicación de políticas públicas, e internacionales, por la participación en movimientos y articulaciones.

Sigue como cuestión controvertida la posibilidad de conciliación entre vida laboral y familiar. Algunas autoras y activistas la describen de forma positiva, otras problematizan el refuerzo de los roles tradicionales y la sobrecarga de trabajo de las mujeres.

¹ Este artículo es una versión en castellano del artículo *Possibilités et limites de la construction de l'égalité de genre dans l'économie solidaire*, publicado en GUERIN, Isabelle, HERSENT, Madeleine et FRAISSE, Laurent (co-éditeurs). *Femmes, économie et développement. De la résistance à la justice sociale*. Ramonville: Éditions Érès, (en imprenta) 2010.

Miriam Nobre, agrónoma y máster por el Programa de Estudios en Integración de América Latina de la Universidad de São Paulo. Actualmente es coordinadora del Secretariado Internacional de la Marcha Mundial de las Mujeres y parte del equipo de la SOF. **Taís Viudes de Freitas**, socióloga y máster por el Programa de Posgrado en Sociología del Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas de la Universidad Estadual de Campinas. Su línea de trabajo es la sociología del trabajo y de género y es colaboradora permanente del SOF

En los últimos años se incrementaron los estudios empíricos sobre las experiencias de economía solidaria desde una perspectiva de género, así como los esfuerzos militantes de marcar la presencia de las mujeres y del debate de género en los varios espacios de encuentro del movimiento de economía solidaria. Con esto es posible analizar prácticas y variables económicas.

La fuerza de la economía solidaria consiste en la articulación entre lo político y lo económico. Se hace necesario, por consiguiente, mirar atentamente a como estas experiencias contribuyen o tienen el potencial de contribuir para la autonomía económica de las mujeres sin pérdida de beneficios en el campo político y cultural.

Nuestra propuesta en este artículo es rescatar, a partir de varios estudios y observaciones empíricos sobre la presencia de las mujeres en diferentes experiencias en América Latina, como los temas de la división sexual del trabajo y de la remuneración son acometidos. Seguidamente, proponemos pistas de como responder a estas cuestiones, retomando el tema de la articulación con la política, en la relación con los movimientos sociales y el Estado.

División Sexual del Trabajo y Remuneración: cuestiones que interpelan la economía solidaria.

La economía solidaria interesa a la economía feminista como una posibilidad de romper la división sexual del trabajo, que asocia el trabajo productivo al trabajo de los hombres y vinculado al espacio público, y trabajo reproductivo al trabajo de las mujeres y en el ámbito de la esfera privada. Esta división, encontrándose más presente en el imaginario social que en la realidad, conforma posibilidades, responsabilidades y expectativas diferentes para mujeres y hombres. Aunque la participación de las mujeres en el trabajo remunerado se amplíe en casi todo el mundo, con excepción del Magreb y Oriente Medio, los hombres, como grupo social, aumentaron poco su compromiso con las tareas domésticas (OIT, 2008).

La superación de la división sexual del trabajo es un proceso que puede comenzar con la socialización del trabajo reproductivo, en general realizado en el ámbito privado y de forma invisible, aunque siga siendo realizado por las mujeres.

En el año 2008, la SOF – Sempreviva Organización Feminista, una ONG brasileña, realizó recopilación de informaciones, talleres y seminarios sobre las experiencias de los Comedores Populares del Perú y Argentina, el movimiento “Vaso de leche”² del Perú, y un restaurante colectivo que integra una cooperativa del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) de Brasil. El propósito era buscar elementos de reflexión sobre otras formas de articulación entre producción y reproducción que fuesen más allá del paradigma de la conciliación (Tito e Silveira, 2008). Aquí serán destacadas las informaciones que contribuyan al enfoque propuesto en este artículo.

A continuación, nos detendremos en experiencias brasileñas en la producción de bienes y servicios. La Secretaría Nacional de Economía Solidaria, institución del gobierno brasileño, contabilizó, para el año 2007, la existencia de más de 21.000 emprendimientos solidarios en el país, siendo el 48 % rurales, el 35% urbanos y el 17% rurales y urbanos. Las mujeres representan el 37,4% de los participantes en estos emprendimientos. Del total de los grupos, el 18% eran solo de mujeres³. Muchas

² “Copo de Leite”, en traducción para el portugués.

³ Datos disponibles en el Sistema Nacional de Informaciones en Economía Solidaria, en la web del Ministerio de Trabajo y Empleo. Disponible en <<http://www.mte.gov.br/ecosolidaria/sies.asp#>>. Acceso a 03/09/2009.

activistas cuestionan una sub-representación de las mujeres en estos datos. Una de las hipótesis es que en los emprendimientos rurales, donde usualmente el trabajo es familiar, solamente los hombres – padres o maridos – aparecen como participantes. Datos recogidos por Ângela Araújo y Verônica Ferreira⁴ muestran una mayor presencia de mujeres en sectores como la confección y el reciclaje. Por esta razón, rescatamos aquí estudios sobre experiencias en estas áreas. También retomamos experiencias de mujeres en la construcción civil, sector tradicionalmente masculino, y en el sector de la alimentación, tradicionalmente femenino.

Experiencias en el campo de la alimentación

Comedores Populares en el Perú.

La experiencia de los Comedores Populares en el Perú es analizada por Nedda Ângulo (2010) y por Sandra Altea (2007). La importancia de esta experiencia deriva de su persistencia en el tiempo, dado que los primeros comedores datan del final de los años 1970, y de su alcance. En 2006, se registraba la existencia de 7.086 comedores populares, que atendían a un total de 569.976 beneficiarios.

Las mujeres que preparan las comidas, en turnos de trabajo en general de 6 a 8 horas, reciben como retribución tres o cuatro comidas durante el día correspondiente a su turno de trabajo. En los demás días, ellas pueden adquirirlas a un precio más bajo.

Tras varios años de movilización, marchas y negociaciones con el poder legislativo y ejecutivo nacional, las participantes en el movimiento de los comedores populares consiguieron la aprobación de la ley nacional y su reglamentación, que establece el compromiso del Estado en cubrir progresivamente el 65% del coste de las comidas, incluido el trabajo realizado por las mujeres. Sin embargo, en la práctica, el Estado solamente cubre el 19%, siendo el restante asegurado por el trabajo voluntario de las mujeres, además de la venta de los menús y de diversas actividades de recaudación de fondos que las propias mujeres organizan (Altea, 2007).

La implicación de las mujeres en los comedores populares en el Perú interpela la división entre hombres proveedores y mujeres “amas de casa”. Un hecho visto de manera negativa por los hombres, que se creían humillados frente a la comunidad, en el caso de la participación de su mujer en el comedor, pues consideraban este un indicador de que ellos no eran capaces de proveer el sustento de la familia. Y visto de manera positiva por las mujeres, que entendían que la reducción de los gastos con alimentación es una forma de contribuir al sustento de la familia.

Para las mujeres de los comedores populares del Perú:

La falta de remuneración hace que ellas no tengan dinero propio, lo que, en cierta forma conduce a una dependencia económica en relación a sus compañeros y otros familiares. Por otro lado, el trabajo en los comedores permite el desarrollo de otras actividades en empleos remunerados, dado que las comidas diarias de los familiares están garantizadas (Freitas, 2008, p.38).

En cierto sentido, los comedores contribuyen a la conciliación entre las actividades remuneradas y las responsabilidades de cuidado de la familia asignadas a las mujeres.

⁴

Ver bibliografía.

La falta de acceso a la remuneración en nuestras sociedades, donde el derecho se vincula al trabajo remunerado, repercute en la falta de acceso a la Seguridad Social. Una de las reivindicaciones de las participantes en los comedores del Perú es el acceso a la Seguridad Social pública. Actualmente, muchos grupos proporcionan comidas a bajo precio, o incluso gratuitas, a personas enfermas o ancianas, muchas de ellas, antiguas participantes del movimiento. En ausencia del Estado, las propias mujeres, a costa de una sobrecarga de trabajo, acogen a las personas más frágiles de sus comunidades.

Si existe un consenso en la demanda de la Seguridad Social, no pasa lo mismo en la reivindicaciones de la remuneración del trabajo en los comedores. La remuneración implica criterios de eficiencia y aptitud para el trabajo, que no son necesariamente los mismos o suficientemente inclusivos, como son los criterios de pertenencia a un movimiento social.

Comedores Populares en Argentina.

Así como en el Perú, Argentina también asistió al surgir de los comedores populares durante la crisis económica vivida a inicios de los años 2000. Pero en este caso, los comedores se integraron en la política asistencial del gobierno federal. Muchas veces el trabajo en los comedores era contrapartida a la transferencia de renta, recibiendo cada mujer el equivalente a poco menos de 50 dólares.

Surgieron comedores ligados a partidos tradicionales y otros a organizaciones sociales, como fue el caso de *Barrios de Pie*. Estos últimos se convirtieron en espacios de socialización, de resolución colectiva de problemas cotidianos y de discusión de temas, como salud reproductiva y violencia doméstica. Según militantes de Barrios de Pie, las mujeres pasaron a reconocer que las tareas realizadas en los comedores eran un trabajo y así comenzaron a reivindicar no solo más financiación, sino más remuneración y reconocimiento social (Freitas, 2008).

Las mujeres cocinan diariamente, cuidan de sus hijos, limpian y piden donaciones a los comerciantes del barrio. En entrevista, citada por Taís Freitas, se apuntó que existen comedores donde los hombres participan en las actividades. Sin embargo, como el espacio de la cocina es tradicionalmente considerado de las mujeres, elles se responsabilizan de tareas consideradas masculinas, como la manutención eléctrica. Ellos no realizan actividades de cocina ni cuidan a los niños, con raras excepciones de chicos jóvenes. Los hombres, así como las mujeres, participan en las reuniones y talleres profesionales, que capacitan para otras ocupaciones.

En cuanto a la remuneración, en este caso, el trabajo es entendido como contrapartida para la distribución de beneficios sociales en una sociedad marcada por un rápido empobrecimiento. En la lógica oficial, si los objetivos de la política son disminuir los impactos de la fuerte concentración de renta en momentos de crisis económica o evitar que la concentración de renta se establezca en niveles insostenibles en una sociedad democrática ¿por qué exigir contrapartidas en horas de trabajo de las mujeres?

Restaurante colectivo en asentamiento del MST.

El MST existe desde 1984 y organiza alrededor de 500 mil familias, de las que 350 mil son asentadas y 150 mil acampadas. Además de la lucha por la tierra, incentiva el trabajo cooperativo desde el rescate de tradiciones campesinas como el mutirão para limpiar la roza hasta la agroindustria y cooperativas de crédito.

Los asentamientos son pensados no solo desde el punto de vista de la producción agrícola, sino como una forma de organizar la vida, considerando el acceso a la educación, cultura y salud, lo que en síntesis permite una mayor articulación entre

producción y reproducción. La ocupación del territorio también se da en este sentido, por ejemplo, cuando demandan que los bloques en los asentamientos sean demarcados en forma de aro de bicicleta, lo que aproxima las casas unas a otras y a los servicios comunitarios. Otro ejemplo son las “comunidades de la tierra”, pequeñas áreas próximas a las grandes ciudades, que permiten una mayor integración con la comunidad del entorno mediante la venta de hortalizas y actividades culturales.

En algunos de los asentamientos existen comedores colectivos, como el asentamiento Santa María, en Paranacity, Paraná. El asentamiento se formó en 1993 y estaba integrado, en el momento estudiado por Freitas (2008), por 24 familias. Tras la conquista de la tierra, se creó una cooperativa que propicia la autosustentación de las familias que allí habitan.

El comedor se estableció al inicio de la cooperativa para liberar la fuerza de trabajo de las mujeres y optimizar el tiempo de servicio. Las participantes afirman que el comedor las libera de una preocupación, dado que se garantiza su alimentación, así como la de sus hijos y familiares. La alimentación por medio del comedor colectivo también contribuye a disminuir los gastos y crear una mayor igualdad, a partir del momento en el que todos tienen acceso a comidas con la misma calidad nutricional. El comedor es un lugar de convivencia entre las familias, de intercambio de informaciones y de debates sobre asuntos relativos a la cooperativa. Las mujeres siguen preparando las comidas durante el fin de semana en sus casas. Pero creen que el cambio viene ocurriendo entre los jóvenes que crecieron en este ambiente comunitario. Como ellas afirman: “los cambios vienen con nuestros hijos” (Freitas, 2008).

Según Iracema Moura y Pedro Ramos (2006), en ese asentamiento, “el valor de la hora trabajada pasó de R\$ 0,24 a R\$ 1,09 en el período comprendido entre 1994 y 2004”. En 2004, en Brasil, el valor del salario mínimo, considerando una semana laboral de 44 horas, correspondía a 1,17/hora. En 2004, el 27,6% de la fuerza de trabajo en Brasil tenía rendimientos de hasta un salario mínimo. Todas las actividades de la cooperativa, incluso el trabajo en el restaurante colectivo realizado por las dos mujeres responsables, reciben el mismo valor por hora.

Además, el acceso a las comidas en el restaurante colectivo es una forma indirecta de remuneración. La cantidad consumida por cada cooperante se anota y, a fin de mes, el valor total se descuenta de la remuneración de cada uno. Los valores representan alrededor del 10% del valor de las sobras mensuales de cada familia. Datos de la Investigación de Presupuestos Familiares, realizada en 2003, revelan que las familias brasileñas gastan en alimentación, de media, el 17% de los gastos corrientes (IBGE, 2004).

Experiencias en la producción de bienes y servicios

Las mujeres son uno de los principales sectores de la población afectados por el desempleo y sometidos a un trabajo precario e informal (IBGE, 2001; 2006). Ante esta situación, el trabajo en cooperativas destaca como una oportunidad de acceso al trabajo y a la renta. El trabajo femenino en esos espacios pasa a tener otro reconocimiento, que el vinculado solamente al complemento del salario del marido o compañero.

De la misma forma, la participación en espacios autogestionados contribuye para que las mujeres vean su poder de decisión y de autonomía ampliados. Estos factores contribuyen a su emancipación.

Sin embargo, esas experiencias también ponen de manifiesto la dificultad encontrada en romper con la desigualdad entre los sexos. Las mujeres, en algunos casos, continúan recibiendo una remuneración inferior a la masculina. Sus habilidades son

consideradas como naturales, lo que justifica la menor remuneración que reciben. La naturalización de las habilidades femeninas hace que las mujeres se concentren en algunas actividades y segmentos, como la costura, preparación de alimentos, limpieza y artesanía (Wirth, 2009).

En 1991, las mujeres eran el 81,1% de los ocupados en la industria textil (Bruschini, 1998) y esta fuerte presencia se reproduce en los emprendimientos solidarios. En contrapartida, relatamos la presencia de mujeres en actividades de construcción civil, donde son minoritarias. En 1991, constituían el 2,9% de los ocupados en la industria de la construcción civil (Bruschini, 1998).

Cooperativas de costura.

Diversos autores describen el proceso de tercerización en las industrias de confección en los años 1990 en Brasil (Lima, 2002; Araújo e Ferreira, 2010). Las empresas utilizan diferentes estrategias, como: el despido y, posteriormente, la contratación de esas trabajadoras como microempresas o cooperativas; el traslado a áreas rurales; y la contratación de cooperativas formadas mayoritariamente por mujeres.

Jacob Lima (2002) analizó tres cooperativas de costura en la región Nordeste de Brasil. Las mujeres se organizaban en cooperativa por demanda de la empresa y por la necesidad de obtención de renta y de integración en un trabajo. Muchas mujeres ya realizaban la actividad de costura y bordado en sus domicilios, lo que no era reconocido efectivamente como trabajo, sino visto solamente como un complemento del del marido. Al participar en una cooperativa, el trabajo realizado por ellas pasa a ser más valorado. Mientras tanto, el autor apunta que aún permanece la vinculación a ciertas actividades, como por ejemplo la costura, como una habilidad natural de las mujeres. La naturalización de esa habilidad es justificativa para la minusvaloración de la fuerza de trabajo femenina.

Lima hace énfasis en el hecho de que, en algunas cooperativas, las mujeres realizaron huelgas contra el pago por pieza y para reivindicar los derechos laborales, lo que muestra su poder de movilización como sujeto colectivo.

Aún así, la mayoría de las cooperativas de costura se encuentra en el límite entre el trabajo precario – contratado por empresas que definen los modelos, proporcionan los tejidos, además de imponer un ritmo de trabajo y formas de pago – y la posibilidad de explotar otras formas de producción y comercialización. La búsqueda de un rendimiento ó coloca a las mujeres en contradicción con otras virtudes reconocidas en la economía solidaria, como la valoración de los saberes y un mayor control del proceso de trabajo.

Excepción es la cooperativa de modistas Unidas Venceremos Ltda (Univens), de Porto Alegre, en Rio Grande do Sul. La cooperativa se formó en 1996 por un grupo de mujeres. Cris Fernández Andrada, en su tesis de máster defendida en 2005, registró la existencia de 22 cooperantes, de los cuales 20 eran mujeres y 2 hombres (Andrada, 2007). En trabajo de fin de carrera presentado en 2008, Tânia Wolf registró la presencia de 24 mujeres y 1 hombre (Wolf, 2008). Ellas realizaban actividades de costura y serigrafía, esta última actividad más comúnmente realizada en el sector textil por hombres jóvenes.

La cooperativa está integrada en redes de relaciones que le permiten pedidos de camisetas para movimientos sociales o uniformes para hospitales públicos. Ella se hizo más conocida tras haber atendido la demanda de 60 mil mochilas para el Forum Social Mundial en 2005.

Andrada relata que “en los últimos tres años la Univens experimenta un desempeño y una estabilidad económica admirables para el sector: con una facturación

media superior a los 30 mil reales al mes, ella genera renta estable para todos sus miembros” (Andrada, 2007). Wolf (2008) encontró una media salarial mensual de R\$ 500,00 a R\$ 1.000,00, dependiendo del mes, para jornadas de trabajo diarias de 9 horas. En 2008, el salario mínimo en Brasil era de R\$ 415,00.

El acceso a un rendimiento estable no se da en contraposición con los valores de autogestión y solidaridad. Los trabajos citados, además del artículo de Aline Mendonça de los Santos (Santos, s/d), consideran indicadores, como participación, aprendizaje, convivencia y fortalecimiento personal, de forma positiva.

En 2004, la Univens articuló una red de cooperativas y asociaciones de trabajadores de todos los eslabones de la cadena de confección, integrando productores de algodón agroecológico del interior de Ceará y una cooperativa de producción de hilos de Nova Odessa, interior de São Paulo, y así lanzó la marca “Justa Trama”. El precio pagado por la “Justa Trama” permite a la asociación local de productores pagar por el algodón en rama poco más del doble de los precios practicados en el mercado convencional. En los consorcios de producción familiar de algodón, las mujeres realizan actividades de limpieza, plantación y cosecha, pero su trabajo es invisibilizado. En los consorcios colectivos, en algunos municipios, las mujeres son referencia y se benefician del incremento de renta asegurado por el proyecto (Bloch, 2008).

Cooperativas de reciclaje.

Viene ganando notoriedad el incremento del trabajo femenino en cooperativas de reciclaje de residuos sólidos. Magda Neves y Bianca Costa (2007) analizaron dos experiencias de cooperativas de reciclaje en Belo Horizonte, Minas Gerais. En ambas, las mujeres constituyen la mayoría de los participantes. La participación en estas iniciativas se debe a la necesidad de supervivencia ante el desempleo en el mercado formal de trabajo. La participación de esas mujeres en emprendimientos autogestionados favorece su fortalecimiento y contribuye para que se sientan más autónomas, tanto financieramente como en relación con sus familiares y con la vida en general.

La COMARP – Comunidad Asociada para Reciclaje de Materiales de la Región de Pampulha – inició sus actividades en marzo de 2004. El grupo se compone de 10 personas, de las cuales 7 son mujeres y alcanza un tratamiento mensual de 10 toneladas, con salario medio de R\$ 150,00. La Coopersoli – Cooperativa Solidaria de los Recicladores y Grupos Productivos de Barreiro y Región – (...) se compone de 21 personas, de las cuales 16 son mujeres y trata aproximadamente 39 toneladas de material reciclable por mes, lo que representa una media de R\$350,00 en régimen parcial de trabajo (Neves e Costa, 2007).

Cabe resaltar que, en 2007, el salario mínimo en Brasil era de R\$ 380,00 para un régimen de 44 horas semanales.

Algunas mujeres por ellas entrevistadas relataron mejorías en las condiciones de vida con la compra de frigorífico, cocina y muebles, además de la posibilidad de sostener económicamente la casa y adquirir independencia financiera.

Muchas de las mujeres participantes en las cooperativas entraron en ellas por encontrarse desempleadas y con pocas posibilidades de encontrar trabajo, debido a una baja cualificación y por tener más de 40 años. Otras, sin embargo, optaron por cambiar

de actividad. Por ejemplo, eran empleadas domésticas y prefirieron la “experiencia de no tener patrón” y de unas relaciones más horizontales presentes en estas cooperativas que funcionan en autogestión.

Ioli Wirth (2009) apunta a algunas dificultades que las mujeres encuentran en cooperativas de reciclaje cuando el trabajo se divide entre hombres y mujeres. Al estudiar algunas experiencias en la ciudad de Campinas, en el estado de São Paulo, la autora constató que, en cooperativas mixtas, las mujeres recibían una remuneración un 30% inferior a la de los hombres.

Construcción civil.

En Brasil es frecuente la participación de mujeres en la construcción de casas en *mutirão* (autogestión). Poco a poco se fue recreando una división del trabajo, en la que las mujeres realizaban actividades minuciosas como azulejar las paredes. Militantes del movimiento de residentes en Diadema, São Paulo, relatan que muchas mujeres, a partir de entonces, se cualificaron como colocadoras de azulejos siendo después contratadas por empresas de construcción civil. Los empresarios afirmaban que las mujeres ejecutaban mejor el servicio, con menos suciedad y más responsabilidad. Sin embargo, ellas no fueron mejor remuneradas por sus habilidades. Las habilidades desarrolladas por las mujeres en el trabajo del *mutirão* fueron naturalizadas con el discurso de que ellas *son* más habilidosas, más empeñadas. Cabría observar si la función de colocador de azulejos se feminizó en algunas ciudades y si la remuneración de esta función disminuyó.

La fuerte participación de las mujeres en los movimientos de residentes ha sido fundamental para que los gobiernos desarrollen políticas de habitación sensibles a la dimensión de género. En el estado de São Paulo, una ley de 2004 define la prioridad a la atención a la mujer como beneficiaria de los programas de habitación de interés social. Además de la titularidad de la casa a nombre de la mujer, se prevé la capacitación y formación de las mujeres en la gestión colectiva de los recursos públicos y en todas las fases del proceso de producción de las unidades habitacionales.

En los programas de construcción de cisternas para recogida de aguas pluviales en regiones del semiárido nordestino, ONGs como CF-8 en Rio Grande do Norte y MOC en Bahía realizan capacitación y acompañan a grupos formados por mujeres constructoras de cisternas (CF8, 2006; MOC, 2006). En el coste de cada cisterna se considera el valor de R\$ 205,00, como remuneración de la fuerza de trabajo. Cada cisterna es construida por dos mujeres con una media de cinco días de trabajo, lo que asegura a cada una ganancia diaria de R\$ 20,50. En 2009, el valor del salario mínimo correspondiente a una semana de 44 horas equivale a una jornada de R\$ 21,24.

Las cisternas garantizan el acceso a un agua de calidad para consumo de la familia y preparación de los alimentos, lo que disminuye el trabajo de las mujeres, que de otra forma deberían caminar hasta fuentes de agua potable o esperar en las largas colas del camión-cisterna.

Sin embargo, la demanda de construcción de cisternas no es constante, lo que impide a las mujeres vivir solamente de este trabajo. La construcción no es posible en el período de lluvias. Las mujeres tienen más impedimentos para viajar a otras comunidades para responder a las demandas. Además, todavía existe una gran desconfianza en las comunidades relativa a su capacidad de trabajo. En un reciente programa de reformas de las casas de los asentamientos financiado por el gobierno federal, las mujeres capacitadas como albañiles en la construcción de cisternas casi no intervinieron.

Para resolver cuestiones económicas volvemos a la dimensión política

En relación con la división sexual del trabajo, la mayor parte de las actividades relatadas reproduce la presencia de mujeres en actividades femeninas, aunque no sea de forma estática, por ejemplo, con mujeres de cooperativas de costura realizando actividades de serigrafía. Tampoco se da sin cuestionamiento: algunos grupos de mujeres del movimiento “vaso de leche” en el Perú optan por no realizar la preparación de la leche, mas distribuyen los ingredientes. En relato descrito por Taís Freitas, ellas cuestionan: “si hablamos de igualdad de género ¿nosotras vamos a continuar cocinando toda la vida?” (Freitas, 2008)

En la construcción civil, la entrada de las mujeres recrea una división sexual del trabajo, siendo destinadas a tareas de acabados, y refuerza la naturalización de las habilidades. En 2007, 55 mil mujeres entraron en el sector de actividades de la construcción civil. Según un reportaje del Jornal de Brasilia, citado en una web de empresa de materiales de construcción, “la construcción civil está utilizando mano de obra femenina para realizar acabados, montar azulejos, rejuntar y limpiar. ‘Ellas son más organizadas y empeñadas. No crean desorden’”, conforme apunta un ingeniero responsable de obra mencionado en el reportaje⁵.

La mayor innovación se da con la participación de las mujeres en la gestión de los emprendimientos, en especial en el establecimiento de relaciones horizontales, lo que rompe con la asociación de las actividades femeninas a actividades serviles y con la ausencia de las mujeres en posiciones de toma de decisión.

En relación con la remuneración, hay una diversidad de experiencias. A pesar de los ejemplos positivos aquí relatados, en general, los emprendimientos de economía solidaria tienen dificultad en asegurar rendimientos compatibles con el sustento de una familia (ya que la mayoría de los participantes tienen dependientes a su cargo) y de forma estable.

Para superar la situación actual, los ejemplos positivos nos reafirman en que las cuestiones estrictamente económicas se resuelven en la esfera de la política. Esto es, son ejemplos relacionados con las formas de interacción de los emprendimientos con el Estado y con los movimientos sociales, mucho más que con las empresas. Estas últimas se relacionan con los emprendimientos de economía solidaria (EES) mediante la sobreexplotación de la fuerza de trabajo o como forma de ganar legitimidad social. La empresa Aracruz celulosa, por ejemplo, pasó a apoyar la realización de cursos para capacitación de mujeres en la construcción civil en el mismo período en el que mujeres de la Vía Campesina realizaron acciones de denuncia del carácter autoritario y destructivo de esta empresa⁶.

⁵ Disponible en <<http://www.casteloforte.com.br>>. Acceso a 09.09.2009

⁶ Sobre el funcionamiento de la empresa Aracruz Celulose y los conflictos sociales, ver: “Mujeres de La Vía Campesina ocupan hacienda en Rio Grande do Sul”, 9 de marzo de 2006, Disponible en <http://viacampesina.org/sp/index.php?option=com_content&view=article&id=87:mujeres-de-la-via-campesina-ocupan-una-hacienda-en-rio-grande-do-sul&catid=22:biodiversidad-y-recursos-gencos&Itemid=37>. Acceso a 16/08/2010. Ver también: “Solidaridad con las mujeres de La Vía Campesina de Rio Grande do Sul (Brasil)”, 25 de abril de 2006, Disponible en <http://viacampesina.org/sp/index.php?option=com_content&view=article&id=96:solidaridad-con-las-mujeres-de-la-via-campesina-de-rio-grande-do-sur-brasil&catid=22:biodiversidad-y-recursos-gencos&Itemid=37>. Acceso a 16/08/2010.

Relación con el Estado y con movimientos sociales.

Constituye un consenso en el movimiento de la economía solidaria la necesidad de políticas públicas de apoyo, como líneas de crédito, fomento, capacitación, compras gubernamentales y otras formas de comercialización. A estas se suman demandas de otros movimientos sociales, como por ejemplo, la demanda del movimiento feminista de políticas públicas relacionadas con la reproducción social, como el acceso a guarderías y la creación de restaurantes colectivos, servicios que pueden ser realizados por asociaciones y cooperativas.

En América Latina, existe un espacio de debate y acciones públicas que pueden ir más allá de las demandas, contribuyendo a un cuestionamiento del modelo de desarrollo. Las alternativas en la región rescatan otras formas de organización económica y social presentes entre campesinos, indígenas y afrodescendientes rurales (*quilombolas*). En la región, hay una enorme presencia de población campesina (unos 65 millones) e indígena (40 a 55 millones) perteneciente a aproximadamente 800 culturas que, en varios países, son poblaciones mayoritarias (Guatemala, Perú, Bolivia, Ecuador) u ocupan enormes territorios (Toledo, 2009).

La fuerza política de estas comunidades se expresa en las nuevas constituciones de Bolivia y Ecuador, que se organizan alrededor del principio del *buen vivir*, *sumak kawsay* (Irene León, 2009). Este principio reconoce una diversidad de prácticas económicas, rechaza la jerarquía de la producción sobre la reproducción y amplía la noción de trabajo, con repercusiones concretas en el acceso a la Seguridad Social y en la redistribución de la riqueza creada por el trabajo (León, 2009).

Magdalena León propone que:

La economía para la vida está presente en nuestra sociedad, pero de manera sumisa, marginal y en condiciones de desventaja. Lo que debería ocurrir en este momento, ante la crisis y la búsqueda de otro paradigma, es que, precisamente a partir de esas experiencias, sea reconocido, estimulado y valorado ese tipo de economía. Y debido a ese criterio de tomar decisiones económicas para cuidar de todos los ciclos de vida, hay muchas cosas que pueden cambiar; por ejemplo, las decisiones sobre qué producir, las decisiones de política económica deberían ocuparse de producir aquello que permite reproducir los ciclos de vida y que no provoca depredaciones (León, 2009b, p.26)⁷.

Con los movimientos.

Habiendo, incluso, una gran participación de las mujeres en el movimiento de economía solidaria, no es automática la incorporación de cuestiones como la desigualdad en la participación de mujeres y hombres o el enfrentamiento de la división sexual del trabajo. Madeleine Hersent describe como las conclusiones de los grupos de trabajo sobre cuestiones de las mujeres o de género realizadas en el ámbito de los encuentros organizados por RIPPSS (*Réseau intercontinental de promotion de l'économie sociale et solidaire*)⁸ no son tomadas en consideración por el conjunto

⁷

Traducción libre y nuestra.

⁸

Red intercontinental de promoción de la economía social y solidaria

(Hersent, 2010)⁹. Ella también describe las dificultades de articulación con el movimiento feminista, cuando este se restringe a agendas consideradas “específicas” como salud reproductiva, violencia sexual, igualdad salarial.

Sin embargo, Elsa Beaulieu, al estudiar grupos de producción agroecológica en pequeños municipios de la región oeste de Rio Grande do Norte que integran la Marcha Mundial de las Mujeres, relata beneficios en esa relación.

Por ejemplo, un buen número de subsidios y de créditos disponibles para las mujeres y los grupos de mujeres rurales viene del gobierno federal y son fruto de luchas nacionales, como la Marcha de las Margaritas del 2000 y del 2003 (Beaulieu, 2007, p.128)¹⁰.

Pero la autora apunta que las mujeres se deparaban con una serie de obstáculos para concretar el acceso al crédito, tales como la falta de documentación, exigencia de un proyecto técnico y discriminación por parte de los gerentes de banco.

Fue preciso que una coalición de mujeres de diferentes grupos y organismos estudiase el programa, negociase con los bancos, y organizase grandes “campañas de documentación” para que las mujeres adquiriesen los documentos de identidad. (...) Gracias a su pertenencia a la Marcha Mundial de las Mujeres, esos grupos colocan a sus miembros en relación con un mundo social y geográfico más vasto y crean un contexto donde ellas no son marginadas y donde pueden pasar a la acción (Beaulieu, 2007, p.128)¹¹.

Aunque la apropiación sea diferente en las varias regiones del mundo, la Marcha Mundial de las Mujeres (MMM) tiene como demanda en su acción internacional de 2010: “Fortalecimiento de la economía solidaria, con crédito subsidiado, apoyo a la distribución y comercialización de su producción, intercambio de conocimiento y prácticas locales”¹² (MMM, 2009a). Y el compromiso de “crear y fortalecer vínculos entre mujeres urbanas y rurales a través de experiencias de compra directa, mercados y preparación y distribución colectiva de alimentos”¹³ (MMM, 2009b).

La articulación entre los movimientos de economía solidaria y los demás movimientos no puede darse únicamente en el ámbito de las ideas, sino también en prácticas concretas de sostenimiento de estas iniciativas con acciones coordinadas de compra anticipada y fortalecimiento de los circuitos cortos en la producción y consumo.

Estas prácticas remiten a un cuestionamiento del orden económico neoliberal. Las mujeres del movimiento “vaso de leche” del Perú, considerado por muchos como asistencialista, estuvieron movilizadas, realizando manifestaciones contra la firma del tratado bilateral de comercio entre Perú y Estados Unidos. El tratado establecía el tratamiento igual a empresas nacionales y extranjeras, lo que impediría la decisión política de compra de productores locales. Actualmente, ellas se movilizan contra la

⁹ Ver texto en este volumen.

¹⁰ Traducción libre y nuestra.

¹¹ Traducción libre y nuestra.

¹² Traducción libre y nuestra.

¹³ Traducción libre y nuestra.

transnacional Nestlé que negocia con el gobierno la distribución de la leche en polvo de su marca, mientras que las mujeres defienden la compra de empresas nacionales que procesan la leche de pequeños productores.

La contribución del movimiento antiglobalización va más allá de las cuestiones temáticas para una renovación en las prácticas. La organización de contracúpulas, acampadas y manifestaciones paralelas a las expresiones del capital (cúpulas del G-8, FMI, BM, OMC) favorecieron nuevas prácticas de organización de la lucha política y cotidiana en las llamadas zonas autónomas temporales. Los actores de ese movimiento creen que esos territorios solo se constituyen como realmente autónomos por ser temporales. Pero muchas de nosotras nos preocupamos de como acumular fuerzas, manteniendo y ampliando territorios, sean espacios geográficos o períodos de tiempo, que sean autónomos y contrapuestos a la sociedad de mercado. Las prácticas de economía solidaria tienen una vocación en este sentido, aunque experimenten límites y contradicciones.

Conclusión

Las diferentes experiencias aquí relatadas nos dan pistas para pensar algunos elementos en relación con las formas alternativas de economía y con la desigualdad en las relaciones entre los sexos. Las mujeres están presentes en diversas experiencias en el ámbito de la economía solidaria, ya sea en aquellas que promueven una socialización del trabajo reproductivo, o en aquellas empeñadas específicamente en el trabajo productivo. Esto hace patente su búsqueda de alternativas con el objetivo de un “buen vivir”.

Aunque se hayan puesto de manifiesto aspectos de obstáculos y limitaciones en relación con la no incorporación de esas experiencias a la lógica del mercado y al mantenimiento de relaciones de jerarquías y desigualdad, la economía solidaria camina en la dirección de encontrar modelos y relaciones que no están en la base de la explotación capitalista sobre los sujetos y sus cuerpos. Las limitaciones encontradas por ese movimiento pueden ser disminuidas o incluso superadas a medida que esas experiencias se relacionen con otros movimientos sociales y presionen al Estado para la adopción de políticas de distribución y justicia.

Referencias bibliográficas

ALTEA, Sandra. *Las mujeres organizadas en Comedores Populares y su defensa de la Soberanía Alimentaria*. Red Latinoamericana de Mujeres Transformando la Economía (REMTE - Perú), mimeo, 2007, p. 11.

ANDRADA, Cris Fernández. *A política encontra o trabalho: história e repercussões psicossociais da experiência de autogestão da Cooperativa Univens*. Trabajo presentado en el XIII Congreso Brasileño de Sociología, Recife, junio de 2007. Disponible en

<http://www.sbsociologia.com.br/congresso_v02/papers/GT29%20Trabalho,%20Precarização%20e%20Políticas%20Públicas/Texto_Andrada_2007_-_XIII_CBS.pdf>. Acesso a 16/08/2010.

ÂNGULO, Nedda. *Comedores populares: seguridad alimentaria y ejercicio de ciudadanía en el Perú* (mimeo), 2010.

ARAÚJO, Angela e FERREIRA, Verônica. Gênero, informalidade e terceirização. In: LEITE, Márcia de Paula e GEORGES, Isabel (orgs.). *Economia solidária e as novas configurações do trabalho*. São Paulo: Editora Annablume, 2010.

BEAULIEU, Elsa. Échelles et lieux dá ction collectives dans la Marche mondiale des femmes au Brésil. *Lien Social et Politiques*, nº 58, Montréal, 2007, pp. 119-132.

BLOCH, Didier. *Agroecologia e acesso a mercados: três experiências na agricultura familiar na região nordeste do Brasil*. Oxfam, 2008, p. 193.

BRUSCHINI, Cristina: *Trabalho feminino no Brasil: novas conquistas ou persistência da discriminação*. Trabajo presentado en Congreso de la LASA, Illinois, 1998.

CENTRO FEMINISTA 8 de março - CF-8. *Construindo cisternas, desconstruindo tabus: mulheres capacitando mulheres para o acesso a água*. Mossoró: Centro Feminista 8 de Março, Cadernos nº 7, 2006, p. 40.

FREITAS, Taís Viudes. Experiências de socialização do trabalho doméstico na América Latina. In: SILVEIRA, Maria Lucia e TITO, Neuza. *Trabalho doméstico e de cuidado: por outro paradigma de sustentabilidade da vida humana*. São Paulo: Sempreviva Organização Feminista, 2008, p. 27-53.

GUÉRIN, Isabelle. *Mulheres e Economia Solidária*. Edições Loyola, 2005, 239p.

HERSENT, Madeleine: Cooperação e autonomia das iniciativas de mulheres em economia social e solidária: duro reconhecimento. In: LEITE, Márcia de Paula e GEORGES, Isabel (orgs.). *Economia solidária e as novas configurações do trabalho*. São Paulo: Editora Annablume, 2010.

INSTITUTO BRASILEIRO DE GEOGRAFIA E ESTATÍSTICA (IBGE). *Mapa do Mercado de Trabalho no Brasil*, Rio de Janeiro, 2001.

INSTITUTO BRASILEIRO DE GEOGRAFIA E ESTATÍSTICA (IBGE). *Pesquisa de Orçamentos Familiares 2002/2003*, Rio de Janeiro), 2004.

INSTITUTO BRASILEIRO DE GEOGRAFIA E ESTATÍSTICA (IBGE), *Síntese de Indicadores Sociais 2005*. Rio de Janeiro, 2006.

LIMA, Jacob Carlos. *As artimanhas da flexibilização: o trabalho terceirizado em cooperativas de produção*. São Paulo: Terceira Margem, 2002, p. 160.

LEÓN, Irene. *La tierra, el sumak kawsay y las mujeres*. 2009 Disponible en <<http://www.fedaeps.org/cambio-civilizatorio-y-buen-vivir/la-tierra-el-sumak-kausay-y-las>>. Acceso a 16/08/2010.

LEÓN, Magdalena. Repensar el cambio estructural desde el feminismo. *América Latina en movimiento* (Quito), n° 441, 2009b, pp. 24-26. Disponible en <<http://alainet.org/images/alai441w.pdf>>. Acceso a 16/08/2010.

MARCHA MUNDIAL DE LAS MUJERES. *Troisième action internationale: Autonomie économique des femmes*, 2009a, Disponible en <http://www.mmf2010.info/action-areas-fr/action-areas?set_language=fr>. Acceso a 16/08/2010.

MARCHA MUNDIAL DE LAS MUJERES. *Troisième action internationale: Bien commun et services publics*, 2009b. Disponible en <http://www.mmf2010.info/action-areas-fr/the-common-good-and-public-services?set_language=fr>. Acceso a 16/08/2010.

MOC – MOVIMENTO DE ORGANIZAÇÃO COMUNITÁRIA. *Trilhando caminhos para a convivência com o semi-árido*. Feira de Santana, 2006, 96p.

MOURA, Iracema Ferreira de; RAMOS, Pedro. *Assentamentos rurais: agregação de valor e comercialização: o caso do assentamento Santa Maria (Paranacity/PR)*. In: VII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural, Quito/Ecuador, 2006. Alasru, 2006. Disponible en <<http://www.alasru.org/cdaldasru2006/05%20GT%20Iracema%20Ferreira%20de%20Moura,%20Pedro%20Ramos.pdf>>. Acceso a 16/08/2010.

NEVES, Magda de Almeida; COSTA, Bianca A. Lima. *Empreendimentos de reciclagem: as mulheres na economia solidária*. In: XIII Congreso Brasileño de Sociología, Recife, 2007. Disponible en <http://www.sbsociologia.com.br/congresso_v02/papers/GT29%20Trabalho,%20Precariza%C3%A7%C3%A3o%20e%20Pol%C3%ADticas%20P%C3%ABlicas/Microsoft%20Word%20-%20Empreendimentos_de_reciclagem___as_mulheres_na_economia_solidaria%20-%20final-1.pdf>. Acceso a 16/08/2010.

NOBRE, Miriam. *Mulheres e economia solidária*. In CATTANI, Antônio (org.). *A Outra Economia*. Porto Alegre, São Paulo, Veraz, Unitrabalho, 2003, pp. 205-211.

OIT – ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO. *Tendencias Mundiales del empleo de las mujeres*. Ginebra, marzo de 2008. Disponible en <http://www.oit.org.pe/index.php?option=com_content&view=article&id=891:tendencias-mundiales-del-empleo-de-las-mujeres-2007&catid=117:ultimas-noticias&Itemid=1305&showall=1>. Acceso a 16/08/2010.

SANTOS, Aline Mendonça dos. *Univens – nove anos de história concretizando uma outra economia*. Disponible en <http://www.tau.org.ar/upload/89f0c2b656ca02ff45ef61a4f2e5bf24/Trabalho_Aline_Public.pdf>. Acceso a 16/08/2010.

SILVEIRA, Maria Lúcia da, e TITO, Neuza (org.). *Trabalho doméstico e cuidados. Por outro paradigma de sustentabilidade da vida humana*. São Paulo, SOF, 2008, p. 132.

TOLEDO, Victor. Ecología política, sustentabilidad y poder social en Latinoamérica. In: *América Latina en movimiento*, nº 445, Quito, junio, 2009. Disponible en <<http://alainet.org/images/alai445w.pdf>>. Acceso en 16/08/2010.

WIRTH, Ioli Gewehr. *A Economia Solidária diante do desafio de igualdade de gênero*. In: XI Encuentro nacional de la Asociación Brasileña de Estudios del Trabajo (ABET), Universidad Estadual de Campinas (SP), 28 septiembre - 1 octubre, 2009.

WOLF, Tânia: *O empoderamento das mulheres da Cooperativa Univens através da inclusão digital*. Disponible en <<http://www.lume.ufrgs.br/handle/10183/16632>>. Acceso a 16/08/2010.